

El camino de una iglesia

Mario Moronta

Obispo de San Cristóbal.

Los años cincuenta y sesenta significaron para Venezuela un momento de cambios más o menos importantes y radicales. Al final de la década de los cincuenta se dio inicio a un proceso de *democratización* del país, luego de largos períodos de dictadura. La década de los sesenta significó, además, la adaptación de todas las instituciones a ese proceso. La Iglesia católica no escapó a ello. Hay tres elementos que debemos tener muy presentes: uno, el que la Iglesia misma tuvo una participación en el proceso mencionado, que puede sintetizarse en la *Carta Pastoral* del Arzobispo Arias Blanco en mayo de 1957. El segundo elemento es el inicio del Concilio donde participarían los obispos venezolanos, acompañados por el primer cardenal, designado por Juan XXIII, el arzobispo de Caracas, José Humberto Quintero. Y el tercer elemento, muy importante: la firma de la Ley Convenio que rige las relaciones entre el Estado y la Iglesia en Venezuela, con lo que se dejaba a un lado la Ley de Patronato y se le daba a la Iglesia un margen de mayor libertad para el cumplimiento de su misión evangelizadora.

El anuncio del Concilio significó una señal de esperanza para la Iglesia. Esto se sentiría igualmente en nuestro país. El magisterio episcopal de esos años es rico en enseñanzas y preparación para los católicos sobre el significado de este magno encuentro eclesial. La participación de los obispos fue intensa e interesante. La recepción del Concilio avivó muchas expectativas por parte de la gente. Eran tiempos nada fáciles en el país, porque la consolidación del proceso democrático no resultaba fácil.

La recepción del Concilio inicialmente fue rápida. Sobre todo porque se acogieron las primeras directrices con animación e interés: la liturgia en lengua vernácula, los cambios en el traje de los ministros, la apertura en diversos campos y la perspectiva de renovación promovida por Juan XXIII y Pablo VI. Esta recepción contó con el aporte de la Conferencia de Medellín, cuyo documento final no solo fue recibido y estudiado ampliamente, sino que promovió diversas iniciativas sobre todo en el campo diocesano, en el de los laicos y en el de algunas instituciones eclesiales. Posteriormente, el Documento de Puebla, en cu-



Cupah Huellas en La Vega



Monseñor Mario Moronta, en Eucaristía que celebró en la Basílica Nuestra Señora de la Consolación, en Táriba, en acción de gracias por la pasada Jornada Mundial de la Juventud. (2011)

“

La Iglesia, ante la primera manifestación de la **crisis**, se tiene que presentar como factor de reconciliación para lo que debe ser ámbito de **encuentro** y de **diálogo**.

ya consulta preparatoria hubo la participación de un buen número de laicos y sacerdotes, enfatizó la misión evangelizadora de la Iglesia y promovió la opción preferencial por los pobres y por los jóvenes; además abrió el interés por los constructores de la sociedad.

Algunas realizaciones eclesiales y evangelizadoras se iniciaron en Venezuela en esos tiempos: la creación de las *vicarías parroquiales* dirigidas por religiosas, la incrementación de la presencia evangelizadora y caritativa de la Iglesia en ambientes populares, el fortalecimiento de la educación católica, con énfasis también en los sectores populares, la promoción del apostolado de los laicos, sobre todo desde el apoyo de algunos movimientos de apostolado seglar. Sin embargo, el crecimiento vocacional no era tan fuerte, las comunidades eclesiales de base no terminaban de abrirse camino...

Juan Pablo II anunció su visita a Venezuela para el año 1985. Fue una ocasión para despertar a muchos creyentes y hombres de buena voluntad. Se organizó, como evento preparatorio, la Misión Nacional, con unas consecuencias importantes y que se siguen sintiendo en el presente. Con ella se pretendía no solo preparar la visita del Papa, sino dar un impulso a la acción evangelizadora de la Iglesia en el país. Y se logró entusiasmar a un inmenso grupo de laicos y sacerdotes para realizarla. Fue un momento de gracia. La visita del Papa fue bien recibida y con grandes expectativas. Se consolidó lo que se había ido promoviendo a lo largo de la Misión Nacional. Frutos de esa visita fueron, entre muchos, el despertar y crecimiento vocacional (muchos jóvenes fueron tocados tanto para la vida consagrada como para el sacerdocio diocesano), el fortalecimiento de grupos juveniles, el protagonismo de muchos laicos, la preocupación por la pastoral familiar.

Esto condujo a los obispos a proponer la Misión Permanente con la finalidad de continuar con el impulso de la Misión Nacional preparatoria a la visita del Papa. Se trataba de organizar una acción evangeliza-

dora de largo aliento. La preparación fue importante y permitió conseguir que se involucraran laicos, religiosos y sacerdotes. Desde un equipo coordinador se fueron promoviendo iniciativas de diverso tipo. La Misión Permanente, si bien era de carácter nacional, estaba destinada a ser promovida de manera más directa en las diócesis. Algunas diócesis aprovecharon para organizar planes de trabajo pastoral. En otras, la Misión Permanente se quedó en pocas acciones que terminaron por enfriarla. Sin embargo, la pastoral vocacional, la pastoral familiar, la pastoral juvenil encontraron en ella un impulso que permitió un crecimiento y una preocupación por parte de quienes eran sus responsables.

Con ocasión de los quinientos años de la evangelización en América (1992), la Iglesia organizó en el continente una serie de eventos para que la celebración no se quedara en meros actos formales, sino se diera un paso adelante en la acción misionera de la misma Iglesia. En esos tiempos dos acontecimientos marcaron la vida del país: el *Caracazo* y la *asonada del 4 de febrero*. Las tomas de posición del episcopado fueron numerosas y orientadas desde la doctrina social de la Iglesia. Los obispos de Venezuela produjeron un documento que lamentablemente fue poco tomado en cuenta y que tenía sugerencias, recomendaciones y compromisos para el futuro inmediato del país: *La recuperación del país*, de abril de 1989.

En 1998 se celebraba el V Centenario de la evangelización en Venezuela y fue convocado el Concilio Plenario de Venezuela. Previamente, en 1996, se había producido la segunda visita de Juan Pablo II al país y la beatificación de Madre María de San José (1995). El Concilio Plenario de Venezuela estaba llamado a ser el punto de referencia de la Iglesia para el futuro más próximo. Con la participación amplia del pueblo de Dios, en varias sesiones, se hizo el Concilio. Este evento de gracia no solo iluminaba la vida y acción de los creyentes, sino que quería impulsar el compromiso evangelizador de la Iglesia en el país. Su implementación ha sido lenta y sus efectos se verán en tiempos posteriores. Frutos de ese Concilio, entre otros: la toma de conciencia del laicado de su papel protagónico, la



Grupo Huellas San José Obrero, Mérida.



Huellas Gonzaga.

promoción de la imagen de una parroquia *comunidad de comunidades*, la necesidad de fortalecer la comunión y los órganos que la hacen viva y creciente, la toma de conciencia de una coordinación pastoral. Como consecuencia de dicho Concilio una diócesis ha realizado un sínodo diocesano y, en estos momentos, al menos tres diócesis están en el proceso de sus respectivos sínodos.

En la actualidad la Iglesia no escapa a la crisis que golpea al país. Es una crisis polifacética que, si bien tiene varios elementos, tiene dos expresiones que deben ser atendidas por la misma Iglesia en su caminar evangelizador: la polarización extrema que ha dividido al país y la agudización del relativismo ético. La Iglesia, ante la primera manifestación de la crisis, se tiene que presentar como factor de reconciliación para lo que debe ser ámbito de encuentro y de diálogo. La misma Iglesia ha sido víctima de esta polarización; primero por las críticas que se la han dirigido desde los diversos sectores políticos del país, ya que cada uno quiere *apoderarse* del protagonismo eclesial y porque, además, los miembros de la misma Iglesia son los que se encuentran divididos y hasta separados por la polarización política. La Iglesia, por su parte, debe enfrentar los embates del relativismo ético, que hace estragos entre los adolescentes y los jóvenes, con un mensaje fresco pero radical de los valores del evangelio.

Entre variados problemas la Iglesia en Venezuela hoy debe enfrentar y resolver tres: el primero es terminar de aclarar lo que significa la relación Iglesia-Estado, que generalmente se concibe en la cotidianidad como relación entre gobierno (de turno) y jerarquía. Se requiere no solo reflexión, sino dar pasos decididos en este campo. El segundo es terminar de asumir el modelo de una Iglesia-comunión, con sentido sinodal y con la participación de todos sus miembros (sugerido por el Concilio Plenario). Esto implica asumir la organización de comunidad de comunidades en los diversos ámbitos eclesiales, la promoción de ministerios, servicios y oficios, la promoción de los consejos pastorales a diversos niveles (desde el diocesano hasta los parroquiales)... El tercero es asumir más clara y decididamente la conciencia

misionera: como lo han señalado Benedicto XVI y Francisco, la Iglesia tiene que ir al encuentro de los alejados, de los que se han enfriado, de quienes están en la periferia. Esto requiere de un compromiso pastoral serio y que no tenga como punto de referencia el *sacramentalismo o sacramentalización*. Una Iglesia comunión proclama y celebra la fe y edifica el reino de Dios

A la vez, hay tres grandes desafíos que se le presentan a la Iglesia en Venezuela y que aparecen reflejados en los documentos del Concilio Plenario: uno es el de la Conversión Pastoral, que tiene dos dimensiones, la personal y la comunitaria o eclesial. Conversión que no se reduce al cambio o a la adecuación de las estructuras eclesiales, sino al cambio de mentalidad (metanoia) centrada en Cristo y en el misterio de la Iglesia, así como en el servicio al ser humano. Otro desafío es la elaboración de un decidido proyecto de pastoral a nivel nacional y local; que no se reduzca a planes de acción, sino que incluya la reflexión y el discernimiento (lectura de los signos de los tiempos). El tercer desafío, muy vinculado a los anteriores, es hacer de nuestra Iglesia en Venezuela una Iglesia que camina con su pueblo y edifica el Reino de Dios. Es decir, una Iglesia que se hace sentir por su acción misionera y transformadora con los criterios del Evangelio.

Para todo esto hay una sola razón. Lo que la Iglesia debe hacer no puede tener como motivación factores externos o metodologías que pueden cambiar en el correr del tiempo. La única y verdadera motivación se encuentra en una persona: Jesús de Nazaret, el salvador y el Pastor Bueno que dio la vida por sus ovejas. La Iglesia, al asumir los desafíos y resolver los problemas que encuentra debe hacerlo en el nombre de Jesús. Esto significa que no hay otra motivación sino la de Aquel que se hizo hombre para darnos la Vida Nueva de Salvación. La misión de la Iglesia en Venezuela, como en el resto del mundo, es anunciarlo y hacer sentir que es el mismo ayer hoy y siempre. ☉